

◆ *El jardín de la señora Murakami*, de Mario Bellatin ◆ *La vida ordenada*, de Fabio Morábito ◆ *Antología de la poesía francesa del siglo XX* ◆ *El alma del controlador aéreo*, de Justo Navarro ◆ *Para quien no se fía*, de Héctor Subirats ◆

LIBROS

CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL

El jardín del nuevo siglo

Mario Bellatin, *El jardín de la señora Murakami*, Tusquets, México, 2000, 109 pp.

Fabio Morábito, *La vida ordenada*, Tusquets, México, 2000, 195 pp.

Fabio Morábito (1955) nació en Alejandría, hijo de italianos, y llegó a México en la niñez, mientras que Mario Bellatin (1960), nacido en la Ciudad de México, creció en el Perú. Por razones formativas, respiraron otros aires, y esa admirable extranjería es notoria en su libertad como escritores. Si el jardín literario del nuevo siglo tiene una vegetación de crecimiento prometedor, se deberá, en buena medida, a esas extrañas plantas sembradas por Morábito y Bellatin entre nosotros.

Si hay un escritor que en México responde a la sentencia de Buffon, “el estilo es el hombre”, ese es Mario Bellatin. De sus novelas, siempre breves, *Salón de belleza* y *Poeta ciego* me parecen decisivas. A partir de ellas ni la enfermedad terminal ni el mundo de las sectas volverán a ser, durante mucho tiempo, motivos literarios ajenos a Bellatin, cuyo lujo es esencialmente estilístico, gracias al sonido adictivo y asonante de su prosa.

Enamorado de “lo bello y lo triste”, Bellatin es un devoto de la literatura japo-

nesa. Era natural, casi necesario, que dedicase una obra exegética, a manera de escolio, a esas letras cuyo grandioso acto de fundación es *El cuento de Genji* (*Genji monogatari*), de Murasaki Shikibu, la mujer que hace mil años escribió la primera novela de la historia.

El jardín de la señora Murakami es un delicado homenaje a esa tradición milenaria, que Bellatin lleva, con toda naturalidad, hacia el *Elogio de la sombra* (1933), de Junichiro Tanizaki. Todo escritor dueño del oficio tiene el derecho y hasta el deber de renovar sus devociones. Pero dado que todos andamos en lo mismo, como decía un amigo, sucede que llevo muchos meses enfrentándome con *The tale of Genji*. Por ello, mis exigencias ante el escoliasta Bellatin son mayores, en este momento, de lo que hubiesen sido en otra oportunidad. En *El jardín de la señora Murakami*, Bellatin crea una atmósfera tan plácida como tenebrosa, juego de claroscuros donde una joven crítica de arte se lía con un equívoco coleccionista de arte en el Japón de la última mitad del siglo XX. Pero Bellatin apenas dibujó su anécdota, confundiendo la caligrafía con la mecanografía, a la palabra con el acento. El resultado es poca cosa, apenas un bocado, para lo que Bellatin pudo haber creado como exégeta de la señora Murasaki. Y así co-

mo Javier Marías cree que sólo él lee en inglés en todo el orbe hispanoamericano, Bellatin parece considerar que sus lecturas de Murasaki, Tanizaki o Kawabata lo autorizan a quedarse en el balbuceo. Lamentaría decir que *El jardín de la señora Murakami* es una invitación para leer a los maestros japoneses de Bellatin.

Mi problema no es con la intención del escoliasta, quien subtítulo *Otono-Murakami monogatari* su libro, sino con el resultado de esa empresa. La diferencia, por ejemplo, entre el artista de la prosa y el constructor de *best-sellers* cultos puede hallarse en *La mano derecha* (1993), de Pablo Soler Frost, quien fue, por cierto, el primer escritor de nuestra generación que se desentendió, sin tanta alharaca, de México. En esa “novela con fotografías” hay un momento en que los viajeros tocan Adén, Arabia, y a Soler Frost le basta con decir que allí embarcan a alguien llamado A. R. En cambio, el manufacturador de prestigio hubiera escrito un capítulo de treinta páginas para explicar quién fue Jean-Arthur Rimbaud y si traficó esclavos o armas una vez abandonada la literatura, etc, etc, etc. Bellatin pertenece, venturosamente, al universo de la alusión y mal hubiera hecho en novelar a la señora Murasaki, pero le pareció suficiente la referencia al *Elogio de la sombra* para aho-

rrarse una excursión novelesca más digna de su talento.

Fabio Morábito ha tomado una dirección inversa. La riqueza de su expresión como poeta, narrador y ensayista lo ha llevado a una depuración formidable, que en *La vida ordenada* supera los logros tan admirados en su anterior libro de cuentos, *La lenta furia* (1989). Enfrentando a esa muchedumbre de mediocridades que creen que la vida cotidiana de los hombres superfluos es, por principio de corrección política, lo indicado para allegarse lectores, Morábito, en al menos cuatro cuentos de *La vida ordenada*, da una lección magistral sobre las reglas internas del cuento. Para citar otra vez a Marías, el escritor español dijo con razón, hablando de Isaak Dinesen, que el cuento había desaparecido con ella, para ser sustituido por un cajón de sastrería donde los fragmentos, la prosa poética o las ficciones, pasaban por “cuentos”, sin serlo.

Escritor con experiencia en varios géneros, decidió escribir los cuentos de *La vida ordenada* con toda premeditación retórica. Así, la vulgaridad de la clase media se convierte, gracias al arte de Morábito, en un auténtico misterio narrativo, ya sea a través de la extraña conducta de una sirvienta muda, en la invasión cortazariana de un espacio familiar o en la metamorfosis de una cita de arrendamiento en una orgía ocurrida, qué más da, en la realidad o en el sueño. Sólo le reprocharía a Morábito, en un cuento como “La caída del árbol”, haber confundido la piedad con el sentimentalismo.

Como resultado de otra lectura cruzada, cierro una reseña iniciada con Buffon con otro naturalista, Lamarck. Sainte-Beuve, en *Voluptuosidad*, su única novela, explicó así las teorías de Lamarck: “Su concepción del universo era sencilla, desnuda y triste. Construía el mundo con el menor número de elementos, de crisis y de duración posibles. Según él, las cosas se hacían por sí mismas, por continuidad y sin tránsitos ni transformaciones instantáneas. Su genio de la creación era una larga paciencia ciega”.

Espero que en *La vida ordenada*, de Fabio Morábito. —

PHILIPPE OLLÉ-LAPRUNE

Invitación al viaje

Antología de la poesía francesa del siglo XX, tomo 1: prefacio de Claude Roy, edición a cargo de Michel Décaudin; tomo 2: prefacio de Jorge Semprún, edición a cargo de Jean-Baptiste Para, Ediciones Gallimard, Colección Poesía, 2000.

*No sólo existe la broma
También el arte
Raymond Queneau*

A sí como cada novela esgrime su propia teoría de la novela, así cada antología contiene una idea de lo que debe ser una colección de textos a partir de cierta coherencia. El papel que en el mejor de los casos debe reconocerse es el de saber vencer las ideas preconcebidas. En ese sentido la antología de la poesía francesa del siglo XX finalmente realizada por las ediciones Gallimard es un ejemplo. En contra de la idea difundida de que la producción literaria francesa se agota, los autores de esta obra en dos tomos descubren una riqueza inédita. El lector encontrará en sus páginas con qué satisfacer su curiosidad al descubrir las obras de poetas desconocidos y confirmará la calidad de los ya conocidos. No falta en la antología ninguna de las grandes voces poéticas de ese siglo y los nombres nuevos revelados son, por fortuna, numerosos.

El primer tomo había aparecido ya en 1983, y esta reedición aumentada y corregida está prologada por Claude Roy y abarca la producción poética francesa (además de algunos poetas francófonos) desde Paul Claudel hasta René Char. 79 autores conforman un panorama completo de más de quinientas páginas que el amante de la poesía conoce en su mayoría. Así conviven textos de sonoridades “clásicas” como los de Claudel, Gide, Valéry, Péguy y la poco leída Catherine Pozzi. En el corte temporal el panorama modernista y de *avant-garde* es brillante: Apollinaire, Cendrars, Bretón, Péret,

Desnos, Aragon y Michel Seuphor son los nombres más llamativos de esta revolución literaria.

A partir de una recopilación de autores tan conocidos el lector podría sentir que asiste a un ejercicio de recopilación previsible y bien realizado. Afortunadamente Michel Décaudin, el editor del primer tomo, hace justicia a otras formas poéticas menos conocidas de las que se extrae la vena popular y la expresión de un sentido del humor irreverente. Francis Carco o Pierre Marc Orlan son de esos autores que evocan a Prevert y a sus textos musicalizados. Esta poesía a menudo condenada al olvido debido, dicen algunos, a la dificultad de perdurar, trae consigo un cortejo de ambientes legendarios: “No es ni la noche ni el alba/ Sino la hora en la que en París/ Los vagabundos y los perros magros/ Divagan en una niebla gris...” (Francis Carco). O “Era un cuchillo pérfido y glacial/ Un sucio cuchillo rojo de verdades/ Un sucio cuchillo roj... sin algo de especial” (Pierre Marc Orlan).

Estos textos en los que los mitos del París popular son rememorados con tanto acierto evocan un placer nostálgico: “El invierno nos devora/ Cigarrillo en polvo de oro/ El buen día de Gioconda/ Saluda a todo el mundo” (Tzara).

Más cerca de nosotros y en un registro menos popular, las voces de Tardieu o de Raymond Queneau se alzan hacia el juego y la risa: “un poema es bien poca cosa/ apenas más que un ciclón de las Antillas/ que un tifón en el mar de China [...]”

El primer volumen deja a cada autor el espacio suficiente para que su obra encuentre un número de páginas representativo de su trabajo. Los poetas más influyentes, como Michaux, Char o Saint John Perse, gozan de un lugar privilegiado. Por otro lado, los textos del senegalés Senghor iluminan los primeros fuegos de

la poesía francófona y predican su futuro: “Dormiré al alba, mi muñeca rosa entre los brazos/ Muñeca mía de ojos verde y oro, de maravillosa lengua/ Lengua misma del poema.”

Finalmente, para que el paisaje sea completo, están algunos de los poetas aislados cuya obra es como un telón de fondo: el ambiente de una época. Su presencia da sentido a los otros textos y su redescubrimiento imprime un poco de pasión a la lectura. Citemos a dos de ellos: Claude Sernet, poeta de origen rumano, habla con palabras que: “...sabrán decirte/ por otros labios no los míos/ por otros juegos menos vacilantes/ el sentido ciego que me han matado”. Y el solitario Paul Valet, amigo de Cioran y Michaux, cuya rebeldía no deja de evocar al mejor Artaud o a Daumal: “Claridad rebelde como una mujer extranjera al llamado...”

El lector no francés encontrará en esa primera parte de la antología el equilibrio panorámico de una producción literaria sobresaliente, más o menos digerida: el tiempo ha llevado a cabo su trabajo eliminando aquellas obras prescindibles.

Con un prólogo de Jorge Semprún y preparado por Jean-Baptiste Para, el segundo tomo corre más riesgos. En primer lugar, el texto de Semprún manifiesta su enorme inteligencia pero no el tema a tratar: la poesía francesa de la segunda mitad del siglo XX. Por otro lado, el ritmo y la postura son diferentes. Jean-Baptiste Para propone un amplio espectro poético más que un trabajo profundo de cada una de las obras. La riqueza del material, así como la ausencia de prejuicios, dan como resultado una obra como esta: 187 autores en más de seiscientas páginas. La obra también incluye cuidadas notas biográficas y bibliográficas. Un gran número de escritores goza un espacio de dos páginas para presentar una obra todavía joven. Más que profunda, se trata de una antología vasta que se convierte en una colección de guiños al lector en donde la riqueza del panorama es el objetivo principal y la amplia variedad de estilos, la materia de placer de la lectura.

Ante un conjunto de discursos poéticos tan diversos y de connotaciones tan

variadas son necesarios algunos puntos de orientación. La libertad expositiva del primer tomo pervive en el segundo, aunque su presencia sea menos evidente. La vena popular está presente en autores como Hardellet y Boris Vian, aunque en ellos sería más preciso señalar un regreso a la poesía oral. Estos poetas buscan la transparencia de la palabra, quizá en contra de una producción poética vanguardista alejada del público.

Si el humor sigue siendo un elemento central en autores como Boulanger y Roubaud, el espíritu de la seriedad habita en algunos poetas como Bouchet, Dupin y Bonnefoy. Roubaud escribió, parafraseando a Clausewitz: “La poesía es la continuación de la prosa por otros medios”. Muchos escritores practican ambas formas literarias de manera indistinta. Figuran en la antología varios nombres célebres no por sus poemas sino por sus textos: Genet, Gracq, Mandiargues, Caillois, Des Forets, Thomas, Calaferte. En estos autores no siempre el acierto de la escritura poética puede compararse a sus otros textos, pero, a pesar de ello, sus versos tienen presencia: “El viento que hace rodar un corazón sobre el adoquín del patio/ Un ángel que solloza asido a un árbol/ La columna azul que envuelve el mármol/ Abren en mis noches puertas de emergencia” (Genet). “Cada día el cielo desvanece/ El trazo de mis secretos/ Soy del espacio juguete/ Pleno de monstruos inquietos” (Thomas).

Como posado en la escritura narrativa, el teatro también impregnó la poesía francesa contemporánea. El gusto por la literatura oral, pero sobre todo las búsquedas formales que desembocaron en un resultado similar, hicieron que muchos dramaturgos jugaran con las palabras en un marco poético. Para muestra están desde Schéhadé, Gatti, Vitez, R. Dubillard hasta V. Novarina (el autor más joven antologado, nacido en 1947). Todos ellos practicaron el teatro y la poesía con igual acierto: “Entramos/ en un tiempo/ que es el nuestro/ pero/ cercan/ intenciones/ que/ no son las nuestras./ Signos,/ nosotros devenimos/ nuestro propio/ apocalipsis” (Gatti).

Al hacer un corte temporal en la poesía francesa del siglo XX dos hechos sorprenden. El primero es la introducción de la política (en primer lugar por la resistencia durante la Segunda Guerra Mundial, como en Pierre Seghers; luego, por la lucha comunista que impregnó la creación artística en Francia hasta los años sesenta) y el segundo es la calidad y la diversidad de la generación de poetas nacida en 1930.

Ya el primer tomo de la antología reúne algunos autores con claras intenciones políticas. En el segundo también está definida claramente la postura de los escritores al mostrar el abandono del tema político como fuente de inspiración poética.

La revolución de la poesía en lengua francesa se construye en gran medida fuera de Francia: el rasgo más sobresaliente de ese periodo es el estallido de la poesía francófona. Más de un tercio de los autores reunidos no nacieron en territorio francés. Su enorme presencia hace justicia a una brillante producción que está lejos de ser homogénea. ¡Qué diferentes registros los del quebequense Gaston Miron: “Voy a ti, dudo en ti, bebo/ en una cantimplora vacía de sentido” y el caribeño Aimé Césaire y los libaneses Naffah y Stétie! Detrás de la palabra francofonía se esconden distintos estilos y realidades.

También está presente la producción poética de Bélgica y de Suiza, vecinos cuyos textos se funden en el universo francés. No ocurre igual con los autores nacidos en las antiguas colonias. Esos poetas se adueñaron de la lengua del conquistador con el fin de expresar mejor sus sentimientos, sus angustias y su cólera. Los magrebines Laâbi, Dib o Senac son, entre otros, los fieles representantes de una poesía asombrosa: “No esperas más de la noche/ el complemento del alma de su música/ y de la aurora/ sus promesas rara vez cumplidas” (Laâbi). O el aún menos conocido Jean Senac: “Intento retener una memoria verde./ Ahogo tus rumores, ¡oh monstruo! entre mis brazos,/ y me extravió al punto de desear perderte”.

El África negra de Tchicaya U'Tam'si

La belleza y la muerte

mira a través del Caribe, en donde la negritud encontró un territorio fértil para el estallido poético. Tras Césaire se alzaron las voces de Metellus y Depestre, de Damas y Glissant. Voces irónicas y rebeldes aún vivas: “Es la arena azul sembrada de negra arena, es la lágrima/ que ayer enterramos a la orilla, junto a las velas muertas” (Glissant).

Apenas si hay que subrayar la tradición francesa de nutrir su literatura de otros acentos. Los egipcios Mansour o Jabés conviven con el húngaro Gaspar o la argentina Silvia Baron Supervielle. Asimismo, hay autores franceses que han decidido vivir en el extranjero y desde sus países de adopción nos hacen escuchar sus voces poéticas, como en el caso de Pelieu o Sacre desde los Estados Unidos.

Oculto en medio de todos esos poetas francófonos, la obra del gran poeta occitano Berbard Manciet nos recuerda la riqueza idiomática de un país que suele negar sus diferencias regionales. Manciet es, probablemente, uno de los grandes poetas franceses vivos: “Errantes de la noche, perdidos en las ruinas/ Del cielo por el cielo errante al fulgor de tu sangre/ Todo tu cuerpo en cuerpo todo desear fulgura”.

“Toda antología es una provocación”, dice Claude Roy en el prólogo. Esta obra cumple muy bien con ese principio. Más que reunir de manera arbitraria a algunos poetas y así negar la existencia de muchos otros, los compiladores tomaron la decisión de mostrar a un total de 266 escritores, algunos de ellos con poca oportunidad de mostrar su obra. Esta antología puede verse como un diccionario: por una parte quiere acercar a los lectores a un amplio panorama de obras literarias según el gusto de cada uno (una especie de *mostra* que invita a profundizar la lectura de aquellos autores que despierten un mayor interés) y, por la otra, aspira a conformar una fotografía exacta de una vasta y rica producción poética. En sus más de mil páginas el lector descubrirá numerosas posturas posibles que se sirven de ese arte paradójico que grita el dolor de estar en el mundo y susurra el placer de decirlo. —

Justo Navarro, *El alma del controlador aéreo*, Anagrama, Barcelona, 219 pp.

A mediados de la década de los sesenta surge una serie de narradores (Javier Marías, Álvaro Pombo, Juan José Millás, Enrique Vila-Matas) que producirán sus obras canónicas a finales de los ochenta y principios de los noventa. En este grupo de renovadores de la prosa capaces de detectar e integrar en su escritura los aspectos más absurdos de la realidad hay que incorporar al poeta, traductor y novelista granadino Justo Navarro (1953), autor de dos libros de poemas, *Los nadadores* y *Un aviador prevé su muerte* (1987), en los que se encuentra ya el germen de su sustancia narrativa, y las novelas *El doble del doble* (1989), *Hermana muerta* (1989), *Accidentes íntimos* (1990) y, como culminación de un interesantísimo proceso, *La casa del padre* (1994).

El alma del controlador aéreo recupera muchos planteamientos de *La casa del padre*, pero la trama es más compleja porque más complejas y más ambiguas son las relaciones entre los personajes y menos absorbente la voz narradora, que es a un mismo tiempo espectador y protagonista de los hechos que narra, que afectan a tres generaciones. Y es el misterioso asesinato de la hermana y el primo del narrador en julio de 1972 lo que vuelve a unirlos en el cementerio de San José. “Hubo un tiempo en que fue famosa la armonía y alegría de los Alibrandi” quienes, según el padre, “nos abrazamos para repelerlos”. 27 años más tarde, en 1999, el narrador, que tiene ahora 43, y su anciana madre vuelven a encontrarse en el mismo cementerio, para el entierro del pri-

mo Eduardo: “Me amoldo a los pasos de mi madre, a las seis de la tarde, en la luz ácida que se va endulzando, hecha de distintas capas de luz, acogedora y adormecedora como un jardín de sombra”. Y en esta luz pura, en uno de los frecuentes dobleamientos del libro, “una pareja que venía hacia nosotros me pareció que éramos nosotros en un espejo, mi madre y yo: un anciano y una mujer, casi una niña, que lo llevaba del brazo”.

Los hechos ocurridos en 1972 le llevan a indagar sobre el pasado, “porque el pasado atrae y repele la mirada como la monstruosidad y la belleza”. Un pasado que reconstruye a través de las fotos mordidas por el tiempo y de la memoria, una indagación que le lleva no a conocer la realidad sino la naturaleza de la mentira, “mis parientes más próximos parecen haber urdido una conjura para confundirme, para que, sabiendo muchas cosas, sepa lo menos posible”.

Lo que le lleva a la necesidad de entender el pasado a través de los Alibrandi es el misterioso crimen ocurrido en Granada el 9 de julio de 1972, cuando va a cumplir 16 años, en el que mueren su hermana Alicia y su primo Juan en el Seat 1430 que han robado. El narrador y su primo se salvan cuando deciden bajar del coche al ver a Dominique en la puerta de la casa que linda con el Tenis. “La tarde más significativa de mi vida, o así lo veo, parecía una tarde insignificante”, pero es a partir de esta tarde que su primo Eduardo se convierte para él en una obsesión, y con su primo Eduardo, Dominique. “Dominique es la historia de mi vida, o quizá sea mi primo la historia de mi vida”.

Es pues una historia en torno a las relaciones familiares, en torno a las rela-

ciones amorosas y, de forma más sutil, en torno a una realidad social que si se remonta a la década de los veinte, es decir, a los años del fascismo, se centra esencialmente en la historia contemporánea: desde el asesinato de Carrero Blanco por el grupo terrorista ETA en 1973 hasta finales de la década de los ochenta, cuando se monta “una banda terrorista antiterrorista” con fondos del Estado. La heroica historia del abuelo se confunde con la falsificación y la mentira: nunca llegará a comprobarse que luchó contra Mussolini. La historia de los padres, por el contrario, nos lleva a lo más sórdido del franquismo. La del triunfador primo Eduardo, a lo más sórdido del socialismo

A la mentira política se une la mentira sentimental, mentira o necesidad que le lleva al tío Juan a engañar a su hermano Eduardo para robarle a su esposa, “la mujer más bella de Granada [...] Era tan bella que tenía que esconderse”. El narrador, extraña y genuinamente atraído por Lynn Swann y más tarde a punto de casarse con Cecilia, con la que tendrá un hijo, no puede evitar su fascinación por Dominique, casada con Eduardo, quien a su vez se acostará con la esposa del narrador. Se confunden los hechos, los testimonios, las fidelidades, los afectos, para ir tejiéndose una historia sórdida y dolorosa guiada por la extrañeza.

De esta extrañeza procede la poderosa magia del libro, una perversa atracción por la belleza y por la corrupción que ya pudimos vivir en *La casa del padre*. Nos desplazamos por espacios irreales, que producen rechazo y una malsana atracción. Una Granada que nos lleva, implícitamente, a la de García Lorca y a la sórdida Granada de la dictadura franquista: “Y entonces volví a la ciudad a la que no volveré”, nos dice al principio del libro; y más tarde: “volví a Granada, a las calles hipnotizadas bajo el día irreal de tanta luz”. El Instituto Nacional de Enseñanza Media del que acaba huyendo. La Real Sociedad de Tenis, donde se inicia la tragedia. Los autochoques Nevada con sus misteriosos vigilantes. El piso de la madre con el balcón entornado y en la persiana “líneas de luz irreal y fosfórica”.

O el cementerio de San José. Personajes igualmente extraños y misteriosos, como el señor Swann y su fiel e infiel esposa Lynn o Guillermo Blaque o Blackwell, su personalidad moral y su complejo pasado. Las clases de inglés y su misterioso significado. El ruido de la máquina triturando ladrillos, como un presagio. El campeonato de mecanografía y el cuarto de las escobas donde aparecen entrelazados los cuerpos de Eduardo y Dominique. O el hotel Swan de Manchester, “ciudad condenada de cielo de urea”, “la ciudad más moribunda que he visto en mi vida”. Y la misma profesión del narrador, “mi trabajo extraño”.

Y en este entramado de extrañeza es-

tán las invenciones, la imaginación, las mentiras, las medias verdades, los desdoblamientos, las metamorfosis, el proceso de desintegración: “¿Quién es este, ojo de pájaro, pájaro de ojos azules, cara en proceso de desintegración [...], algo terrible y a la vez deseable que atrae a los ojos, como la belleza y la muerte?” Es su primo Eduardo, como pudo serlo su padre, o Dominique o como lo es su madre en el cementerio con su inacabable infelicidad, como es inacabable la muerte de su hermana. Y es para dar sentido a aquella muerte y a todas las muertes que Eduardo Alibrandi Vigo narra esta singular historia hecha de palabras e imágenes de una belleza perturbadora. —

OTROS LIBROS DEL MES

■ SALVADOR ELIZONDO, *Autobiografía precoz*, Aldus, México, 2000.

Aldus reedita este desplante que ya parecía inconseguible para nuevos lectores. A Elizondo esta veta evocadora (*Elsinore* es otra muestra) no le viene mal: su estilo se desenrosca y podemos leer con claridad cómo el joven escritor se explica a sí mismo y la poderosa atracción que ejercieron sobre él las culturas alemana y china. Al texto lo acompañan un poema y dibujos del autor.

■ JORGE GARCÍA ROBLES, *El disfraz de la inocencia. La historia de Jack Kerouac en México*, Ediciones del Milenio, México, 2000.

Biógrafo del fenómeno *beat* en México, García Robles registra las varias incursiones del autor de *En el camino* a nuestro país, territorio ideal para la escritura desenfundada, la borrachera, los trances místicos y el pasajero amor. Un tema obsesionó a Kerouac en esas estadías: Dios, y no fueron pocas las páginas que esa obsesión produjo. Para los centenares de seguidores mexicanos de Kerouac, esta novedad es bibliografía indispensable.

■ CARMEN VILLORO, *Jugo de naranja*, Trilce Ediciones, México, 2000.

La sencillez matutina y solar de un jugo de naranja marcan el tono de este nuevo título de la colección de poesía Tristán Lecoq. La poesía en prosa de Villoro, compacta y breve, tiende más hacia la viñeta y la postal que hacia el paisaje abierto. Es de bolsillo: se puede pasear con ella con la confianza y comodidad de su compañía.

■ THOMAS DE QUINCEY, *Los últimos días de Emmanuel Kant*, traducción de José Rafael Hernández Arias, Valdemar, Madrid, 2000.

Esta postergadísima nueva edición de *Los últimos días de Emmanuel Kant* pone en manos del lector en español un ensayo fundamental de uno de los mayores prosistas del siglo XIX, que relata con humor y agudeza filosófica el ocaso del gran pensador alemán mediante la intervención de otro personaje no menos fascinante: el clérigo Wasianski, un misterioso discípulo de Emmanuel Kant rescatado de las sombras por De Quincey con un afán casi policiaco. —

ALBERTO GONZÁLEZ TROYANO

La lúcida filosofía

Héctor Subirats, *Para quien no se fia*, Juan Pablos Editor, Ediciones Sin Nombre, México, 2000.

Este libro de Héctor Subirats tiene su origen en una irritación; un motivo bien válido y noble para decidirse a escribir si, además, esa irritación vino causada por una injusticia que desborda su marco personal para convertirse en síntoma de todo un sistema de funcionamiento.

Se trata, por tanto, de un discurso que no surge de la reflexión distante de alguien encapsulado en su ermita filosófica. Por el contrario, lo provoca el comprobar cómo la herida propia la comparten otros muchos, sin que a esos, en su mayor parte, les quepa la posibilidad de atenuar su furor con el recurso a la palabra escrita. Pero si el autor aparenta haberse movilizó por ese afán justiciero, ello, tal vez, ha podido ser sólo la primera excusa desencadenante. Y en todo caso, del ultraje académico sufrido por Héctor Subirats nos beneficiaremos ahora sus lectores, al haber obligado a quien hace una cierta profesión de ágrafo a publicar lo que bajo otras circunstancias hubiera demorado quizás indefinidamente.

Para quien no se fia es una obra, pues, surgida al calor de una situación precisa, y se ha visto empujada por una espoleta inicial de indignación para ser planteada y escrita con ese enfoque y con ese tono; pero las ideas y las expresiones que por

ella circulan sólo esperaban una ocasión propicia para emerger y cobrar cuerpo literario. Una vez más, Héctor Subirats se ha visto confirmado en la escasa confianza que cabe depositar en las instituciones académicas. Por fortuna, su bagaje crítico no estaba desapercibido ante esta nueva acometida de los dispensadores de títulos y prebendas. Y así ha logrado un libro que deja en parte de ser sólo teórico para asumir un cierto corte de confesión y desahogo personal. Apuntalado como está con vivencias propias muy inmediatas, el tono expresivo elegido le presta el necesario convencimiento y lo sitúa dentro de un perfil de libro a contracorriente que logra ser corrosivo sin olvidar que para conseguirlo la provocación sabia, ingeniosa y divertida también es un buen medio.

La veta de este tipo de libros radicales, desprovistos de ilusiones y destinados sobre todo a desengañar en una época de tantos espejismos autocomplacientes, no se había extinguido, pero escaseaba. Y a este respecto una de las virtudes de *Para quien no se fia* es la de recuperar los nombres y las obras de aquellos a los que Héctor Subirats considera sus autores más próximos, afines y cómplices, entre el repertorio que siglos de filosofía y pensamiento han ido decantando. El libro responde a un criterio selectivo tanto por lo resaltado como por lo excluido. El encadenamiento de

nombres y de épocas respeta una cierta apariencia canónica, pero sólo para someter a cada uno de los autores considerados indispensables a una corrosiva lectura, deliberadamente parcial. Porque, desde la primera línea, el autor exterioriza que, frente a los enmascaramientos habituales de objetividad, él no disimula que es su propio humor el que valora; en función de un gusto personal, de un yo, cuya multiplicidad va delatándose a medida que confronta los argumentos propios con un largo repertorio de autoridades que abarca desde el pensamiento parafilosófico hasta el siglo XX.

Lo que podría haber sido —o lo que muchos hubieran pretendido que fuera— un simple y adocenado manual académico se transforma en un libro de lectura y consulta para descreídos o para aquellos a los que, sin serlo todavía, les gustaría iniciarse en el camino de la desconfianza, la puesta en duda, el escepticismo y la desmitificación de las grandes convenciones sociales que sedimentan el conocimiento de nuestra cultura. La verdad, el método, la religión, el Estado, la familia, la revolución, se ven así sometidos a la mirada vitriólica de alguien que no está dispuesto a pactar ideológicamente ni a someterse acatando métodos sólo por ser éstos de reconocido y general prestigio.

Adelantándose a las críticas que podrían elevarle sus detractores, Héctor Subirats no se recata en revelar los reparos que le despierta la opción filosófica y personal elegida. Pero esta puesta en duda de su propio proyecto, con una ironía que no respeta a ninguno de los personajes que, de sí mismo, su propio discurso narrativo va creando, le permite retocar,

• Administración Educativa • Administración • Calidad • Docencia Universitaria • Docencia Jurídica • Enseñanza Superior • Recursos Humanos • Ingeniería Económica y Financiera
• Planificación y Sistemas Empresariales • Sistemas Computacionales • Administración de Instituciones de Salud • Negocios Internacionales • Filosofía Social

MAESTRÍAS



UNIVERSIDAD LASALLE

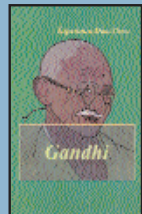
Sesión de Información: 15 de febrero 2001 • Examen de admisión: 2 de marzo 2001 • Tel. 5728-0500 Ext. 1060, <http://www.ulsal.edu.mx>

IMDOSOC

INSTITUTO MEXICANO DE DOCTRINA SOCIAL CRISTIANA

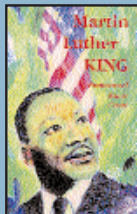
ESPERANZA DÍAZ PÉREZ

Uno de los hombres que más impactó al siglo XX por su lucha social no violenta, su religiosidad, su fuerte ánimo político y, sobre todo, esa sencillez que le permitió estar con la gente más pobre de la India.



EMMANUEL BUCH CAMÍ

Singular biografía de este pastor bautista, quien fuera defensor de los derechos civiles de los ciudadanos.



JAVIER GARCÍA-PLATA POLO

Interesantes detalles de la vida en comunidad de Teresa de Calcuta: sus momentos de oración, de trabajo con los enfermos e indigentes. Un texto que narra con originalidad y sin apasionamientos el testimonio de una vida cristiana.



ANA MARÍA RIVAS

Biografía de la primera mujer española que cursó estudios universitarios, gracias a su audacia y deseo de superación. Concepción Arenal amó la verdad y luchó por la justicia y la promoción e igualdad de la mujer en España



CARLOS DÍAZ

La vida del pueblo salvadoreño cuenta con la dicha de mostrar al mundo el martirio de varias personas. Una de ellas es monseñor Romero, quien desde su ministerio y muerte por asesinato nos revela a Cristo.



JOSÉ LUIS VÁZQUEZ BORAU

En esta biografía descubrimos cómo el hermano Carlos lleva el Evangelio al desierto de África, muere asesinado y deja dos congregaciones que se dedican al mundo de todos los pobres: los migrantes, los obreros, los presos...



ANTONIO SAA REQUEJO

Este español de la primera mitad del siglo XX destacó por su intensa labor a favor de la clase obrera. Su búsqueda primera fue la justicia social desde un anarquismo que libera al espíritu humano e inculca el amor a la libertad.



CARLOS DÍAZ

Mounier es llamado el padre del personalismo comunitario, corriente filosófica que ha trascendido a diversas escuelas y que propone alcanzar una cultura basada en el reconocimiento del prójimo antes que de uno mismo.



Precio normal: \$ 50.00 c/u

PROMOCIÓN ESPECIAL PARA LECTORES DE LETRAS LIBRES:

\$ 240.00 SERIE COMPLETA

¡Obtenga un 40% de descuento!

Oferta limitada a 300 paquetes de cada serie.

¡Solicite nuestro catálogo 2001!

VENTAS: Tels. 56 61 44 65 56 61 30 43 56 61 56 12 Fax: 56 61 42 86

Pedro Luis Ogazón 56, Col. Guadalupe Inn, 01020, México D.F.

e-mail: imdosoc@imdosoc.org.mx

Visite nuestra página electrónica: www.imdosoc.org.mx

Entrega sin costo en el D.F. y área metropolitana.

también sin pudor, el retrato de los otros: los maestros citados para comparecer, en la obra, página tras página. Entresaca de ellos un rasgo biográfico, un postulado, una cita, una carencia, un desliz social o un posterior fruto de su herencia, para entretrejer la supuesta tela de araña que une y desune el discontinuo deambular de la filosofía. Por un lado son acogidos de manera más cálida los nombres que cuentan con una mayor "sobredosis de espíritu crítico", Spinoza, Nietzsche, Cioran, Canetti, Rosset, Savater, casi siempre apátridas y herejes, receptores de alguna rareza según las coordenadas dispensadoras de la normalidad ideológica en sus respectivas épocas. Por otro, desvela las muchas trivialidades, oscurantismos o intereses creados que sustentan las creencias filosóficas sobre las que se apoya nuestra modernidad. Una forma por tanto de seguir los pasos de la historia del pensamiento con la intención previa y declarada de desfigurarla, removiéndola y desorientando veletas.

Para ello, los instrumentos a los que recurre Héctor Subirats no suelen ser de los que se escudan en la profundidad, el sistema y el cansancio. Los criterios suyos que más prevalecen, a través de sus páginas, son los del "buen decir y la transparencia", el juego verbal, la salpicadura de ingenio que ilumina la fisura del ídolo, el guiño inesperado que descubre a los prestidigitadores de la sociedad del espectáculo. Lo propio, pues, de un pensar errante que quiere servirse de la filosofía pero con una radical desconfianza hacia casi todos los señores que se la han apropiado. Por eso, su obra es a la vez continua y discontinua, sigue unas pautas, pero a la vez se fragmenta; traba citas propias y ajenas, de adversarios y de cómplices, mantiene un pulso dialéctico durante páginas para luego rematar su bella especulación con el adorno de un contradictorio y desconcertante aforismo que todo lo vuelve a poner en duda. Una obra, por tanto, que agarra y seduce con su escritura y sus provocaciones formales, para, una vez que se ha adueñado del lector, destilarle, de manera lúcida y dosificada, el necesario veneno del desengaño. —